nia, y fue origen de muchos consuelos para la humanidad.

Los jóvenes esposos ha ya mucho tiempo que pasaron á mejor vida, llenos de años y de virtudes.

FIN

MODESTIA Y VANIDAD

I

Hay en París la costumbre de recibir un día de la semana en cada casa, medida oportuna por más de una razón. Cada uno está seguro de ver á su amigo el día señalado; los que van á visitar saben que no han de tomarse la molestía de un viaje inútil, y unos y otros tienen todo el resto de la semana libre para dedicarse, sin ser interrumpidos á sus negocios y ocupaciones.

El día que cada familia dedica á recibir, está franca la entrada todo el día y noche para todas sus relaciones, y si éstas son afectuosas y cordiales, están seguros los individuos de ella de pasar algunas horas agradables, al menos cada semana.

Madama Ducrest, dama opulenta y elegante, había adoptado también esta medida general; el jueves era el día señalado por ella á sus numerosos amigos para ir á visitarla; aquel día se renovaban los ramilletes

del salón, se perfumaba éste, se limpiaban cuidadosamente los muebles de ébano y concha, así como los dorados de los espejos, se graduaba la luz para el mejor efecto posible, y madama Ducrest y su hija, la linda Elena, se situaban en él, después del almuerzo, coquetamente vestidas y peinadas con la más exquisita elegancia.

Generalmante había gentes á comer el día de recibo, y por la noche tenía lugar una reunión más ó menos numerosa, pero siempre escogida y encantadora, en la que *se hacía buena música*, y se bailaba hasta muy tarde, como fin de fiesta.

No hay que decir que Elena deseaba mucho los jueves, y que la misma madama Ducrest los veía llegar con placer, no obstante el aumento de cuidados que la ocasionaban.

Madre é hija eran dichosas al verse objeto de la admiración y de las lisonjas de todos, por sus elegantes vestidos y graciosos adornos, hechos con arreglo á los últimos preceptos de la moda.

Era un jueves, y á eso de la una de la tarde, ya se hallaban en el salón Madama Ducrest y su hija: todavía no era hora de que empezasen á ir las visitas, y en tanto que la madre hojeaba algunos albums de grabados,

comprados el día anterior, Elena se sentó al piano para repasar un nocturno.

Madama Ducrest había sido muy bella, y aún conservaba restos muy notables de hermosura; su traje de raso verde, guarnecido de encajes, encerraba un talle que empezaba á engrosar; pero que no había perdido aún su elegante forma; su preciosa gorra de encajes blancos, adornada de flores, tenía la forma de un prendido lleno de coquetería y gracia, y descubría unos cabellos castaños y brillantes, dispuestos con tanto estudio como buen gusto.

Elena era preciosa; tenía la tez de rosa y nácar, los cabellos negros y sedosos, y los ojos de un azul puro é intenso tan dulce como suave; un vestido de seda de color claro, de graciosa hechura, hacía resaltar los encantos de su figura de ninfa y la frescura de sus diez y ocho años.

Hacía un rato que repasaba un nocturno en el piano, cuando anunciaron á Madama y Madamoiselle Bhertiér.

—¡Susana! ¡qué dicha!—exclamó Elena levantándose y corriendo hasta las recién llegadas, á una de las cuales abrazó con la más tierna efusión.

Las dos contaban la misma edad, poco

más ó menos, que Elena y su madre; Madama Bhertiér parecía rayar en los cuarenta años, y su traje modesto, y su peinado sin pretensión alguna, decían bien claro que no tenía ningún afán en ocultar la fecha de su nacimiento.

Su hija era una flor pura, fresca, llena de gracia, de suavidad y de candor; sin ser tan hermosa como Elena, había algo en ella que cautivaba, que fijaba la atención de una manera indefinible; sus ojos eran azules, como el cielo que se veía á través de las abiertas ventanas del salón; sus cabellos rubios, finos y rizados; su tez alabastrina dejaba ver el fino tejido de sus venas azules en las sienes, cuello y manos: era esbelta como una paloma de talle delicado y flexible.

Su traje era en extremo sencillo, y decía bien con la expresión casta, pura y risueña de su adorable rostro: un vestido de seda negro, una manteleta igual y un sombrerito de paja componían su atavío.

—¡Qué amable visita!—dijo Madama Ducrest con la política perfecta, aunque un poco afectada, que le era natural,—¿sabéis,—añadió sonriéndose,—que os habéis vuelto algo extrañas desde hace algún tiempo? Casi nunca os dejáis ver, y hoy, que os

habéis acordado de nosotras, venís tan temprano, que á nadie halláis aquí todavía.

—Precisamente era eso lo que deseábamos Susana y yo,—dijo Madama Bhertiér,—y por eso hemos venido á esta hora. Hubiéramos sentido mucho, querida amiga, encontraros rodeadas de visitas; nuestro objeto, además de saludaros, es el de participaros el próximo matrimonio de Susana, y el rogaros que me dejéis á nuestra querida Elena, para que pase á su lado el día de la boda.

—¿Se casa la linda Susana?—dijo Madama Ducrest,—yo os doy mi parabién, mi querida amiga.

—¡Ah, qué perfidia!—exclamó Elena riéndose,—en el colegio nos habíamos prometido casarnos el mismo día. ¿Y cuando te casas, perjura?

—No sé...—respondió Susana un poco ruborizada;—creo que la boda se ha fijado para dentro de un mes... ¿no es verdad, madre mía?

—Tal vez será más pronto,—respondió Madama Bhertiér:—y bien,—añadió;—¿podemos contar con Elena, mi querida amiga?

—Ciertamente... y ella será en esto muy dichosa... á no ser que de aquí á entonces se

decida también su casamiento, lo que será muy fácil.

—¡Ah, ya! según eso, ¿hay algún aspirante?...

—Hay muchos; pero Elena es muy joven y su padre muy exigente: ¿y vos no me participaréis quién es el feliz esposo de Susana?

—Mamá, —dijo Elena levantándose,— permitidme que me lleve á Susana á mi cuarto; deseo enseñarle el vestido que debo ponerme este noche para nuestra *soirée*, y que ella me diga con quién se casa.

Las dos jóvenes salieron juntas asidas del brazo, y se encaminaron alegremente á la habitación de Elena, que era un modelo de lujo ostentoso y recargado.

II

Nadie, al entrar en el aposento de Elena, podía dudar de que era rica; los dorados y el terciopelo se veian por todas partes; grandes espejos, cuadros de valor, muebles ex-

quisitos decoraban la estancia; sobre el lecho de Elena, cubierto de seda y encajes, se hallaba tendido el vestido anunciado; un precioso abanico, un rico pañuelo guarnecido de encajes y un lindo aderezo de perlas, cuyo estuche estaba abierto, se hallaban pomposamente arregladas sobre un velador de laca, colocado en el centro del aposento; un magnífico ramillete de rosas y camelias se ostentaba en un magnífico vaso del Japón.

—Mira mi traje de esta noche,—dijo Elena,—¿te parece bonito? Yo he arreglado todo esto por la mañana, porque hoy es el día que recibimos; mis amigas vendrán y yo deseo enseñarles mi *toilette*; las señoritas Dubreil llegarán llenas de curiosidad y de pena á saber qué es lo que voy á llevar esta noche, porque mi madre no ha querido invitarlas para nuestro baile de hoy, y tienen que contentarse con venir á investigar de día lo que no pueden ver de noche; en cuanto á la bella Eliana Sainty, tampoco vendrá esta noche, porque ha llegado una tía suya de fuera, la que dice nos presentará esta mañana; ¿no te parece á tí que ha de asombrarle mi traje, á ella que viste siempre tan mezquinamente? Pero, querida Susana, yo no

te he traído aquí para que admires todo esto; hablemos de tu futuro, ¿es rico?

—Papá y mamá dicen que sí,—respondió con dulzura Susana.

—¿Y qué es? ¿Cómo se llama?

—Satisfaré tu curiosidad contestando á todas tus preguntas. Monsieur Luis Riviére, mi futuro esposo, es agricultor.

—¡Agricultor!—repitió asombrada Elena;—no comprendo.

—Además, se dedica al perfeccionamiento de las razas de los animales,—repuso Susana;—¿te acuerdas de todos aquellos que veíamos en la exposición de los Campos Elíseos?

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Elena,—¿de modo que vas á ser la esposa de un campesino?

—Casi, casi,—respondió Susana sonriéndose;—porque en Thibouville estaremos siempre en el campo.

—¡Thibouville! ¡jamás he oído hablar de ese país! ¡será algún desierto muy lejano!... ¿estará en Africa?

—No tanto,—respondió Susana,—está en Normandía; monsieur Luis Riviére tiene allí su casa, muy cómoda y hasta confortable, según dice mi padre, y al lado una bella quinta que él cultiva.

Elena guardó algunos instantes de silencio, y contempló á su amiga con una especie de tristeza protectora.

—En verdad,—dijo después,—que si otra que tú me hubiera hablado de tu casamiento con un monsieur Riviére, que es labrador... porque, en fin, él cultiva su quinta, ¿no es verdad?

—Sin duda; él siembra, cultiva, mejora con nuevos abonos; cría bueyes, vacas y caballos, y ha llegado á perfeccionar las razas de una manera sorprendente; pero no hace más que dirigir los trabajos, porque pasan de cuarenta los criados que tiene.

—Eres muy singular,—dijo Elena con desdén,—y te confieso que no te entiendo. En la pensión, tú no hacías nada, ni más ni menos que las demás; me parecías distinguida en tus gustos, y hasta desdeñosa para toda vulgaridad; así es que lo que hoy dices y haces, me parece original, casi increíble. ¿Es posible que consientas en irte á enterrar en Thibouville, entre los labriegos y ese prodigioso número de irracionales cuyas castas se ocupa en mejorar tu esposo? ¡Pero tu dichoso Luis Riviére no debe ocuparse más que en esto! ¡Ah, mi pobre Susana! ¡No hay duda que será muy agradable marido el tuyo!

—Te aseguro, — repuso Susana, — que monsieur Riviére es muy amable, y tiene mucho talento: creo que me acostumbraré muy bien á Thibouville. Papá ha visto todo eso de cerca, y conoce hace largo tiempo á monsieur Riviére... ¡Oh, sí! y los pobres también le conocen allí mucho por sus obras de caridad.

—Pero, mi pobre amiga,—dijo Elena con tono de conmiseración;—también en París se pueden dar limosnas, y tú confesarás que esto es un poco más agradable. ¡Gran Dios! Si me ofrecieran un marido como ese, le rehusaría con los ojos cerrados. Desde luego te diré que no amo, que no comprendo la vida más que en París. Yo soy como mamá, parisién *pur sang* y me casaré con un agente de Bolsa; cada uno tiene sus gustos... pero piensa, mi querida Susana, que tú no verás á ningún parisién en Thibouville, que no irás jamás á un baile, que no asistirás al teatro... Aquello es el destierro... la muerte... dime, ¿hay acaso algún almacén de modas en Thibouville?

—Todo lo que yo sé, —repuso Susana,— grave y dulcemente, es que hay allí una bella iglesia con un bueno y anciano cura, que se ocupa mucho de la música.

—¡Ay, amiga mía, y qué suavemente te hacen tragar la píldora!

—Mi querida Elena, mis padres me han dicho tan sinceramente que seré dichosa, que no puedo menos de creerlo. ¿Qué más da que yo halle la felicidad en Thibouville ó en París? Mira, la dicha es como Dios; si se la sabe buscar, se la halla en todas partes.

Elena se encogió de hombros.

Luego tomó el ramo que se ostentaba en un vaso del Japón, y dijo presentándoselo á Susana:

—¿Qué te parece mi ramillete de baile? El que me lo ha enviado desea ser mi esposo... Mira estas camelias, ¡forman un ramillete de cincuenta francos, comprado en casa de Prevost! Yo te lo enseño, porque sé que te agradan las flores... te enviará muchas monsieur de Riviére, ¿no es verdad?

—¡Oh, no me faltan jamás!—respondió Susana con una sencillez encantadora, y que contrastaba de un modo singular con el tono acre é irónico de su amiga de colegio;—cada vez que viene, me trae un lindo ramillete de violetas.

—¡Oh!—dijo Elena con su eterno acento burlón;—ya veo que él es tan modesto como tú, y que os entenderéis perfectamente. En

cuanto á mí, ya sabes que jamás he podido sufrir esas pobres violetas, símbolo de la humildad.

Las dos amigas volvieron al salón, donde se habían quedado sus respectivas madres, y muy pronto la conversación se hizo general.

—Y bien,—dijo Susana;—¿puedo contar contigo, Elena? Ya sabes que me será muy sensible el no verte á mi lado el día de mi boda.

—Mi querida niña,—repuso madama Ducrest,—ya comprenderéis que si mi hija se halla también ocupada con los preparativos de su matrimonio, le será imposible complaceros.

—Adiós, pues, amiga mía,—dijo madama Bhertier, levantándose para despedirse.

—Mi amada Elena,—dijo Susana acercándose con tristeza á madamoiselle Ducrest,—veo con mucha pena que no puedo contar con tu amable presencia; pero al menos te veremos dentro de algunos días.

—Ciertamente, querida,—respondió Elena;—quizá tendemos nosotras que anunciarte alguna cosa. Hasta muy pronto.

Madre é hija salieron, acompañándolas hasta la antesala Elena y su madre, con

mil frías y rutinarias protestas de cariño.

—¡Hé aquí lo que se llama un matrimonio necio!—dijo madama Ducrest á su hija, cuando volvían al salón.

—Ese monsieur Luis Riviére debe ser hijo de algún labriego,—observó Elena desdeñosamente.—En verdad, es incomprensible que Susana acceda á casarse con él, estando perfectamente educada, y cuando por su dote y su belleza puede aspirar á un brillante partido.

—Pero, hija mía,—respondió madama Ducrest;—se escoje cuando se puede... tú tienes también un dote brillante y talentos de adorno, y además la buena suerte de poder aspirar á un enlace por todos estilos ventajoso, suerte que quizá no ha cabido á Susana, cuando admite por esposo á ese monsieur de Riviére.

III

Monsieur y madama Ducrest, antiguos comerciantes de novedades por mayor, se hallaban imbuídos en la idea, muy común en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ap. 1625 MONTERREY, MEXICO

nuestros días, de que el oro lo es todo en el mundo, y que brillar es ser feliz.

Su hija única, Elena, se vió rodeada de pretendientes no bien pisó ese dichoso límite de la infancia, en el cual se abre de par en par la dorada puerta de la risueña juventud, lo que no tenía nada de extraño.

Sabíase que era muy rica, que su belleza era encantadora, y que había recibido una educación brillante.

Entre aquella multitud elegante que aspiraba á las preferencias de Elena, sus padres eligieron, de común acuerdo, á un joven de ilustre familia, espiritual, amable y en extremo distinguido en sus modales; este joven había comprado una agencia de Bolsa hacía un año, y andaba en busca de un pingüe dote para pagarla.

Monsieur Eduardo d'Emery vió á Elena, y es preciso confesar que se prendó de su belleza; pero esta sensación hubiera sido olvidada por él, como tantas otras, si aquella encantadora niña hubiera sido pobre. Al saber que era rica, su afición se acrecentó como por milagro, y se dijo que con su dote no sólo podría pagar la agencia, sino también tomar parte en algunas especulaciones mercantiles, lo que no había podido hacer toda-

vía más que por cuenta de sus clientes, monsieur y madama Ducrest. Estos, ante la perspectiva de un enlace tan brillante, consultaron á su hija, y ésta, que amaba verdaderamente á monsieur d'Emery con ese primer cariño cándido y entusiasta, irreemplazable en la vida, aceptó llena de alegría aquel matrimonio. Sin embargo, en ella podía el amor propio tanto como la pasión, puesto que no pudo menos de hacer notar á su madre cuanto debía halagarles una pequeña *d* colocada delante de su futuro apellido. ¡Ah! ¡Cuánto deslumbraría esto á la pobre Susana y á su madre!

Preocupadas con estas ideas, fueron madre é hija á devolver su visita á madama Bhertier y á Susana, y les participaron pomposamente el próximo enlace de Elena con monsieur d'Emery, agente de bolsa de París.

Sus amigas les dieron la enhorabuena con la mayor cordialidad.

Pocos días después se casó Susana con monsieur Riviére, rico agricultor, que miraba su matrimonio con la joven como una dicha celestial.

La novia tuvo un sólo disgusto; el de no ver la linda y risueña figura de su amiga de colegio, á la que ella amaba con la mayor

ternura, *á pesar de sus pequeños defectos.* Así calificaba la amable Susana la exagerada vanidad de Elena.

Susana fue á hacerla su visita de desposada, y á presentarle á su esposo: era éste un joven de grave y agradable presencia, muy sencillo, pero muy cortés en sus maneras, y que vestía con gusto, aunque sin exageración alguna: presentóse con el desembarazo del verdadero talento, y devolvió con perfecta serenidad los cumplidos algo irónicos que le dirigieron monsieur y madama Ducrest.

Todas las riquezas de la canastilla de Elena se hallaban expuestas en el salón, y muchas personas se extasiaban delante de esta exhibición espléndida. Elena, muy ocupada en responder á una de sus elegantes amigas, apenas atendió á Susana, la que sin embargo, halló medio de llamarla aparte, y abrazarla, haciéndole prometer que la escribiría, al menos para anunciarle el día de su boda.

—Yo quiero asociarme á tu dicha, y rogar por ti en ese día, mi querida Elena,—le dijo:—no te olvides de escribirme; piensa que, si no lo hicieras, Susana, no te perdonaría y dejaría de ser tu amiga.

Elena, algo confusa al recordar su indiferencia cuando la boda de Susana, y por otra parte, impaciente por volver al lado de sus admiradores, prometió á aquella todo lo que pedía.

Susana partió con el corazón lastimado; pero al día siguiente su marido la condujo á Thibouville, y ya no pensó más en su amiga de colegio.

Poco tiempo después recibió la siguiente carta:

Querida Susana: Estoy segura de que me acusas ya de indiferencia; y sin embargo, mira si te amo y pienso en tí, puesto que tres días antes de casarme y completamente ocupada de las invitaciones, de los preparativos y del arreglo de la casa, encuentro medio de escribirte.

Me caso el jueves, á las once; el desayuno y la comida serán en casa, pero se ha encargado todo á casa de Chevet. ¡Si viera; mi vestido de raso blanco, guarnecido de blondas, te extasiarías! No te hablo de mi canastilla, porque la has admirado ya; pero lo que tú no has visto es la deliciosa habitación que monsieur d'Emery ha hecho preparar en la calle de Taitbout: sin hablar de su despacho, que es una maravilla de buen gusto, yo quisiera describirte mi cuarto! Está forrado de tela de seda de Lyon, azul de

cielo; en cuanto á mi salón, su decorado es de damasco cereza, y todo está realzado por una multitud de lindísimos muebles caprichosos y encantadores, que monsieur d'Emery tiene la galantería de encontrar indispensables.

Yo te hablaría, querida Susana, de todas las dichas que me esperan, si no temiese verdaderamente hacerte cometer el pecado de la envidia, á tí, mi pobre y triste compañera, pues no debes ya acordarte de este bello París que has abandonado tan pronto.

Sabe, sin embargo, que para coronar todas sus galantes atenciones, monsieur d'Emery me ha prometido cada semana dos noches de ópera francesa ó italiana, á mi elección; yo le he hecho escribir y firmar esta promesa en un bonito libro de memorias de marfil esculpido. ¿Qué dices de esto, mi pobre amiga, tú que no tienes otro placer que el de oir la música del viejo cura de Thibouville?

A propósito de música: tengo un piano magnífico, adornado de incrustaciones de nacar y bronce; cuando le vi en mi casa pensé en tí, ¡en tí, que acaso ocupas tus ocios en tocar el órgano de la vieja iglesia de Thibouville! ¡Cuanto te compadezco!

Adiós, y el jueves por la noche, á eso de las once, cierra los ojos é imagínate á tu amiga

Elena ataviada con un traje de seda blanca, guarnecido de encajes y camelias, y hecho por Victorina.

Adiós, otra vez, mi pobre y querida amiga, yo te abrazo y te amo mucho, á pesar de la gran locura que has hecho.

ELENA... DUCREST. *(Hasta el jueves).*

IV

El mismo jueves por la mañana, cuatro dependientes de la estación del camino de hierro del Oeste llevaron á la calle de Tronchet, número 12, una gran caja de pino blanco, con la dirección *á la señorita Ducrest.*

Los criados la abrieron con todo el cuidado posible, intimidados por la frase *muy frágil*, que en gruesas letras se veia en todos los lados de la caja.

Saltó, por fin, la tapa y apareció una gran canastilla rústica, fabricada con juncos verdes y frescos y de la más elegante forma.

Esta deliciosa canastilla se hallaba colmada, con un arte infinito, de los más her-

mosos y magníficos frutos de otoño; colocados con una gracia llena de sencillez y de simetría al mismo tiempo.

Elena, aunque muy ocupada de su *toilette*, dejó escapar un grito de alegre admiración, y ordenó que se expusiera la canastilla en el salón hasta la hora de la comida, para que pudieran admirarla los convidados.

—Este lindo regalo es una atención muy amable de Susana,—dijo madama Ducrest;—será preciso escribirla.

Poco después llegó monsieur d'Emery, y madama Ducrest le condujo delante de la canastilla.

—Mirad,—le dijo,—qué bonito regalo acaba de recibir Elena de una de sus amigas, que se halla en el campo.

—¡Oh, es admirable!—exclamó él;—á ningún precio se encontrarían ahora en París tan bellas flores y frutos tan magníficos: y ¿sabéis lo que más admiro? la colocación de tan delicados objetos en la canastilla.

—¡Qué gusto! ¡Qué gracia!—repitieron á coro los convidados.

Madama Ducrest, muy gozosa por aquel *nuevo efecto*, fue á repetir estas exclamaciones á Elena, que se hallaba rodeada de tres modistas.

Por lo que toca á Susana, fue muy dichosa cuando recibió, algunos días después, una amable carta de Elena, en la que le daba gracias en los términos más expresivos y cariñosos. Respondióla al instante; pero Elena no contestó, y durante el invierno cesó toda correspondencia entre las dos amigas.

En los primeros días de la primavera, madama d'Emery recibió de Thibouville la siguiente carta:

Tú no has contestado, mi amada Elena, á la carta que te dirigí cuando empezaba la rigurosa estación que acabamos de atravesar; pero te he perdonado, porque conozco tu afición á los bailes, á los conciertos y á los teatros, y sé que una dama parisién quiere gozar de estos placeres en los primeros meses de su casamiento.

Pero, amiga mía, entretanto el invierno ha concluído; Mayo empieza y las lilas están en flor, los espinos van á desplegar su perfumado manto, el sol ríe en un cielo lleno de alegría y ya no lloverá; los frutos van á ostentar en breve su abundancia sobre los árboles: ¿no dejarás á tu querido París, para respirar el aire puro del campo?

Yo sé que las parisienses tienen por costumbre y hasta por deber, el viajar en el estío: si

Thibouville no te causa mucho miedo y quieres venir á él, tu amiga Susana será muy dichosa.

Si quieres venir á pasar un mes á mi lado, verás que no he hecho una locura, verás cómo somos menos campesinos de lo que nos creen y encontrarás en Thibouville todo lo que yo sé que debe serte agradable. Ven, pues, mi querida Elena; todos seremos dichosos al verte aquí; espero con impaciencia tu respuesta y creo que será favorable á los deseos de tu cariñosa amiga.

SUSANA RIVIÈRE

Esta carta quedó cerca de tres meses sin respuesta: mas á fines de Julio, Elena se decidió á escribir esta otra, que causó en el ánimo de su amiga la más viva alegría:

Mi buena Susana: si no he contestado antes á tu carta, ha sido porque esperaba todos los días ver cumplido mi deseo: desgraciadamente me veo obligada á renunciar á la sola cosa que yo esperaba, que anhelaba con todas mis fuerzas. Según dices muy bien, es una costumbre y hasta un deber para una parisién el hacer un viaje de estío: por esta razón, me prometía ir, bien á Baden, á Vichy ó á Biarritz: mas ¡ay, querida mía! ¡juzga de mi enojo, de mi pena,

al verme obligada á renunciar á ello! Sin embargo, no permaneceré por mucho tiempo en París: no, ¡aunque tenga que ir á enterrarme en una aldea inhabitada, no estaré aquí, mientras todas mis amigas van partiendo á las aguas y se despiden de mí con aire de insultante conmiseración!

Ya comprenderás, mi querida Susana, cuan grato me sería verte; sabes también que te amo lo bastante para preferir el viaje á Thibouville á cualquier otro; por lo mismo puedes contar conmigo, á condición, sin embargo, de que no alterarás el orden de tu casa, bajo el pretexto de que recibes á una parisién: yo me arreglaré con lo que tengáis; en el campo, como en todas partes, es preciso saber tomar su partido.

Estoy muy triste, querida mía: ¡Ah! ¡Jamás hubiera creído que había de verme precisada á renunciar á un viaje á las aguas! ¡Qué amarga, que dura es la vida! En tanto que una es libre, no se duda de la felicidad: pero tú sabrás ya también, desgraciadamente, que el matrimonio no es siempre alegre y rosado!

Muy mal invierno has debido pasar, pobre Susana; me enternezco sólo de pensar en la monotonía de tus hábitos y creo que el estío tendrá más encantos para tí, si ves al lado tuyo á tu Elena: perdóname esta pueril vanidad,

pero sabe, sin embargo, que, si cuentas conmigo para distraerte y para que te ayude á soportar tu aislamiento, te engañas, porque yo no estoy alegre ya y tengo muchas razones para que así suceda.

Hasta el martes, día en que llegará por el tren de la mañana, tu amiga

ELENA DE EMERY.

V

El día anunciado llegó Elena á la pequeña estación de Thibouville y quedó suspensa al ver por la portezuela del coche, que solamente había dos casas cerca del modesto desembarcadero.

Al apearse, se halló en los brazos de Susana, que la estaba esperando; abrazóla tiernamente la joven campesina y la condujo fuera de la barrera.

Al salir de ella, vieron á Mr. Riviére, que se adelantaba para recibir á la viajera.

—Luis, aquí tienes ya á mi querida amiga Elena,—dijo alegremente Susana.

Madama D'Emery y Mr. Riviére cambiaron un cordial saludo: cerca de ellos se hallaba una linda carretela, tirada por dos magníficos caballos que piafaban de impaciencia; un criado sin librea colocó las cajas y las maletas en la trasera; después Mr. Riviére presentó la mano á Elena para ayudarla á subir al carruaje, colocóse Susana al lado de su amiga, Luis ocupó su sitio, é hiriendo el cochero el suelo con su látigo como una señal de marcha, salió el magnífico tronco al trote largo.

Durante el trayecto, Elena miraba á Susana con creciente asombro: ésta comprendió la expresión de aquella mirada y dijo sonriendo:

—¿Estoy muy bien de salud, no es verdad? Hasta hallarás que he engruesado; el aire del campo da un apetito ridículo, ya lo verás por tí misma... Pero, Elena, ¡tú estás pálida! Sin duda tendrán la culpa las diversiones y los bailes de invierno, ¿no es cierto? Aquí no trasnochamos nunca, te lo prevengo: y para que el acostarte temprano no se te haga violento, te haré pasear mucho, á fin de que el cansancio te traiga el sueño.

—No me has escrito que tenías una carretela,—dijo Elena á su amiga.